

La Doble Agresión

Dedicado a los que, en algún momento de su vida, se han sentido perdidos en un camino

Era el primer día que Tebi, tras sufrir un accidente laboral y guardar el tiempo de reposo que le habían prescrito los médicos, lograba salir a la calle confiando en que podía reanudar su vida normal. Le parecía una mañana especial, había decidido afrontar el reto de volver a conducir su coche por las calles de Madrid. Eligió un sábado porque pensaba que habría menos tráfico que cualquier día laborable. No se sentía segura, pero tampoco estaba sola, Gamb la acompañaba y eso le aportaba cierta confianza, ya que –en caso de peligro- él podría tomar las riendas de la situación. Se equivocaba.

Cuando su vehículo había recorrido los primeros 100 metros, empezó a comprender que había elegido un acompañante inadecuado para enfrentarse a una situación que ella consideraba peligrosa: Gamb protestaba porque Tebi circulaba demasiado despacio, le recordaba que había perdido reflejos después de tanto tiempo sin utilizar el coche como conductora y hasta llegó a decirle que no estaba seguro de que ella pudiera retomar normalmente el hábito de manejar los elementos del coche. Comenzó a sentir tal nerviosismo que decidió regresar a casa. Su cuerpo empezaba a temblar, se sentía débil y tenía deseos de llorar.

Estaba iniciando el camino de regreso sin informar a Gamb acerca de su intención, cuando se detuvo ante una señal de "Stop".

- ¿Qué haces?- preguntó Gamb con evidentes signos de impaciencia.
- Se acerca ese coche por nuestra izquierda y yo tengo la obligación de detenerme hasta que pase- respondió Tebi, tratando de mantener la calma.

En ese momento, escuchó el fuerte sonido de un claxon. Procedía de un coche situado tras el suyo. Tebi levantó su brazo derecho, indicando su conductor que era necesario respetar la señal de "Stop". No obstante, él continuó haciendo sonar su claxon.

- ¡Sal ya de una vez!- le dijo Gamb.
- No debo hacerlo, no estoy segura de poder acelerar con agilidad para cruzar la calle porque ese coche se acerca demasiado deprisa y tiene prioridad de paso- contestó ella.

Volvió a hacerle un gesto al conductor del vehículo situado en su parte posterior y, finalmente, cruzó la calle. Su corazón comenzó a latir aceleradamente cuando comprobó que aquel vehículo se le acercaba peligrosamente, casi rozando el suyo, como si su conductor quisiera forzar que ella aumentase la velocidad.

- ¡Acelera y deja de buscar excusas para todo!- gritó Gamb.
- No puedo ir más deprisa en esa curva, voy a detenerme a la izquierda para dejar que ese coche pase porque no me gusta lo que está haciendo su conductor. Si tiene prisa, que siga su camino como quiera- logró decir Tebi angustiada.

Tras señalar su intención de detenerse a la izquierda de la calzada, en un lugar donde no entorpecía el paso, detuvo su vehículo. Esperaba que aquel conductor tan impaciente continuase su marcha, pero no fue así. Sin que tuviera tiempo de reaccionar, un joven alto y fuerte detuvo también su vehículo –impidiendo que ella pudiera realizar cualquier maniobra para huir- y se dirigió hacia ella. Sin mediar palabra, estampó su puño contra el cristal de la ventanilla junto a la que Tebi se encontraba. Ella se quedó paralizada mientras los cientos de fragmentos del cristal roto alcanzaban sus brazos, su cabeza, sus piernas... No tuvo tiempo para hacer nada más. El iracundo joven regresó a su coche y emprendió la marcha con una velocidad inusual, mientras ella trataba de memorizar los caracteres de su matrícula con la intención de cursar la correspondiente denuncia.

- ¿Lo ves? ¡Nunca aciertas!- dijo Gamb muy enojado.
- ¿Qué es lo que tengo que ver?- acertó a decir Tebi perpleja, mientras separaba los minúsculos trozos de cristal que le impedían accionar el acelerador, el freno y el embrague del coche, sintiendo cómo todo su cuerpo temblaba.
- La gente no tiene por qué esperar a que a ti te apetezca salir de un cruce porque estás torpe, en Madrid no se conduce de esa manera- sentenció Gamb.
- ¿Qué estás diciendo? ¿Ya no debo respetar las señales que regulan la circulación? ¿Cualquiera puede golpearme por eso? ¡Mira cómo estoy, tengo cristales por todas partes, me pinchan, me hacen daño y estoy...!- gritó ella sin poder asimilar lo que estaba viviendo.
- ¡Sí tú has visto que ese hombre tenía prisa y no parecía tener buenas intenciones, debías haber acelerado! ¿Te enteras? ¡Parece que vives en otro mundo!- interrumpió bruscamente Gamb.
- Yo creo que he hecho lo correcto, dejarle pasar porque parecía que él tenía más prisa que yo y porque no veo el motivo para que yo conduzca a una velocidad en la que dudo poder controlar bien el coche ¿Está eso tan mal?- preguntó Tebi.
- ¡Sí, está mal eso y está mal que le hagas con la mano unos gestos que nadie puede entender más que tú y, además, que me repliques a mí en tono prepotente cuando te digo lo que tienes que hacer!- respondió Gamb muy alterado.
- Bueno, ahora ya no puedo hacer nada para evitarlo, pero creo que un hecho como este hay que denunciarlo a la policía, porque no podemos permitir que alguien se comporte así y su comportamiento quede impune. Además, creo que jamás podré olvidar su cara, su agresividad y el número de matrícula de su coche, era...- Tebi intentaba razonar, ignorar el dolor que estaba sintiendo y tomar la decisión más apropiada.
- ¿Y qué vas a denunciar, que te rompió el cristal porque tú no sabes conducir un coche y le provocaste con tus gestos? ¡Vaya lío en el que te vas a meter! Y, para colmo, ese que tú dices no es el número de la matrícula que yo he visto, así que, si quieres denunciarlo, te vas tú sola a una comisaría, pues yo no pienso hacer el ridículo porque tú seas tonta ¡A partir de ahora, si quieres volver a conducir, conmigo no cuentas! ¿Para eso pagamos un seguro a todo riesgo para tu coche? ¡Si no te gusta lo que te ha pasado, te aguantas y aprendes para la próxima vez!- continuó él encolerizado.

Tebi no podía reprimir sus deseos de llorar. Había comprobado que, cuanto más quisiera buscar explicaciones racionales, más agresivo se mostraba Gamb. Finalmente, controlando su miedo, se dirigió hacia su casa.

Durante varios días, Gamb no volvió a referirse al incidente. Tebi creía que tendrían que comentarlo en algún momento, pues se sentía realmente dolida, pero sabía que esa era una tarea casi imposible. No entendía la actitud de Gamb en aquellas situaciones, estaba convencida de que una pareja debe ser un equipo y, por supuesto, cualquiera de sus miembros tiene la obligación de apoyar al otro en situaciones adversas. Pero no, entre ellos no sucedía eso. Hacía mucho tiempo que Gamb parecía disfrutar tratando de convencer a Tebi de que se equivocaba cada vez que tomaba la más mínima decisión y, cuando ella se encontraba en situaciones que consideraba peligrosas o decepcionantes, él solía repetirle cualquiera de sus frases favoritas –“todo el mundo se ríe de ti”, “yo ya sabía que te iba a pasar eso”, “no te enteras de nada”, “siempre te pasa lo mismo”, “todos se dan cuenta de lo tonta que eres menos tú”...- ésas frases que lo único que lograban era empeorar su estado de ánimo. Decidió guardar silencio con él, segura como estaba que no llegarían a un acuerdo.

Cuando contó a varias personas de su familia y algunos amigos lo que había sucedido aquella mañana de sábado, todos coincidieron en preguntarle si había denunciado el hecho a la policía. Tebi les explicó que Gamb había logrado convencerla de que los datos que ella recordaba sobre aquel coche eran erróneos y, como él había sido el único testigo del incidente, tampoco se sentía segura de que la policía considerase creíble su versión. Hacía mucho tiempo que tenía

miedo a que el resto de las personas que conocía la juzgaran del mismo modo que Gamb y, finalmente, había decidido no comentar con nadie aquellas experiencias, precisamente para no tener que observar la expresión de incredulidad a la que tanto temía porque parecía confirmarle que, efectivamente, Gamb estaba en lo cierto y, por tanto, ella era una de las personas más inútiles que habían pasado por nuestro Planeta a lo largo de la historia.

Tebi sospechaba que, al ver su propia actitud hacia Gamb, nadie se atrevía ya a opinar ante acontecimientos como aquella agresión que había sufrido –por parte del joven que le había roto el cristal y por parte de Gamb, que lo había permitido y, además, la había culpado del hecho- pero, en aquella ocasión, una psicóloga amiga, a la que conocía desde hacía muchos años, reaccionó bruscamente en la conversación telefónica que estaban manteniendo.

- ¿Cómo es posible que aguantes eso?, ¡No lo puedo creer, Tebi! Eso no lo merece nadie y, aunque fueras tan inútil como dice Gamb, no puedes dudar de ti misma de esa manera ¿No te das cuenta de que todos estamos hartos de ver cómo le consientes que te ridiculice a todas horas, que te chille delante de cualquiera, que le encante resaltar tus errores, que...?- la amiga de Tebi estaba furiosa y no quiso continuar.
- Es que me siento muy sola, sé que tendría que separarme de Gamb, pero no sé cómo, tengo demasiado miedo ¡Ya no soy capaz ni siquiera de conducir mi coche! Y tampoco quiero ver vuestro sufrimiento cuando os cuento éstas cosas- Tebi lloraba sin parar al ver su situación reflejada en las palabras y en el tono de rabia en la voz de su amiga.
- No estás sola, Tebi. Mejor dicho, estás sola porque sigues con él ¿No te das cuenta de cuánto has cambiado en estos años? ¿Realmente crees que algún día Gamb se sentirá satisfecho por tu comportamiento o te amará por tu forma de ser? Discúlpame si te hablo tan claramente, pero creo que no puedo hacerlo de otra forma ¡Tienes que buscar ayuda terapéutica ya, no puedes perder más tiempo! No esperes que alguien te salve, tienes que hacer algo por ti misma- concluyó, tratando de relajarse.
- No sé por dónde empezar, jamás pensé que era tan torpe, que algo así me podía suceder a mí- balbuceó.
- Empieza por algo sencillo y que tampoco te compromete a nada, llama por teléfono al número 016. Es confidencial, gratuito y está atendido por profesionales expertos en situaciones como la tuya. Posiblemente no te ofrezcan una solución inmediata o una receta mágica, pero sí es seguro que te orientarán y, cuando estés más informada, verás que existen soluciones, que no eres la única que está viviendo algo semejante y podrás tomar una decisión acorde con tu caso ¡Vamos, llama ya! Yo esperaré a lo largo de la mañana tu llamada para que me cuentes cómo te has sentido hablándolo ¡Hasta luego, guapa, que vales mucho y mereces vivir en paz!- agregó con una firmeza llena de ternura y esperanza.

Tebi sintió que no podía continuar hundiéndose, defraudando a los que realmente la querían, y no esperó ni un solo segundo para marcar aquel número de teléfono con la convicción de que iba a empezar a recorrer su camino, con sus cualidades y sus defectos reales.

María Luz Zamora
Noviembre 2011